

Palabras sobre David

Por Ariel Wainer¹

Me resulta muy extraño todavía, me duele, hablar de David usando verbos en tiempo pasado. Hace apenas tres meses él estuvo sentado acá dando una conferencia que abría las Jornadas de Desvalimiento, hace un rato apenas me despedí de él para volvernos a ver la semana siguiente.

Aclaro entonces que lo que diga va a ser dicho desde una zona intermedia en la que sé que él ya no está pero todavía no puedo incorporar con naturalidad su ausencia.

Para muchos de nosotros David ocupó el lugar de Maestro. Muchas de las cualidades que tenía las tienen también otros. Quizás lo singular de él fue que reunía atributos que no es frecuente que estén presentes en una misma persona. Era tan riguroso como sensible, combinaba sistema con ductilidad, profundidad con humor, agudeza con calidez. Y una combinación difícil de encontrar: tanto amor por la clínica como por la investigación sistemática.

En su relación con quienes trabajaban con él se destacaba por ser estimulante. Su entusiasmo, su curiosidad, el placer que le provocaba entender y la rabia que le daba no entender eran contagiosos. También su motivación era directa, explícita y lo hacía respetando los intereses y el estilo de cada uno.

Dije que era estimulante. También humilde. Aunque sabía de su capacidad y de su propio valor, tenía clara la complejidad de lo humano y las limitaciones tanto de la empresa del conocimiento como del trabajo clínico. Una humildad que repudiaba la arrogancia y que para los que trabajamos con él significaba que estaba abierto a críticas y que valoraba los aportes que cada uno tenía para hacer.

Dije que era humilde. También generoso. Voy a decir algo que tal vez resulte polémico: creo que tenía una generosidad egoísta. Para el ADL lo que acabo de decir sería una paradoja lógica.

Voy a tratar de transmitir la impresión que tengo. El egoísmo no es necesariamente una cualidad negativa. Por supuesto que en muchos casos lo es pero hay un aspecto de él que puede resultar valioso y que nada tiene que ver con el individualismo o el desinterés por el otro. David estaba lejos de una posición individualista ya que entendía al conocimiento como una construcción colectiva y su interés y compromiso con las personas que quería y valoraba era indudable.

¿Entonces por qué digo generosidad egoísta? Creo que tenía un proyecto intelectual, con el cual estaba

¹Licenciado en Psicología (UBA), Doctor en Psicología (UCES), Docente de Clínica de Adultos II (UBA), Docente del Doctorado de Psicología (UCES), Miembro del Grupo Psicoanalítico David Maldavsky (GPDm), Miembro y Coordinador del Equipo de Adultos de Niños Salud Mental. Mail de contacto: wainerariel@gmail.com

muy comprometido, que organizaba en buena medida su relación con los demás. En ese marco su generosidad tenía alguna vinculación con sus intereses y los intercambios tenían que nutrirlo también a él. Muchos van a recordar esta situación. Era habitual que contara que tenía terminado un trabajo que todavía estaba inédito y lo ofrecía para quienes quisieran leerlo, pero con una condición: que se lo comentaran.

Lo podría decir también así: era difícil que David dedicara tiempo y energía en actividades que no estuvieran en línea con sus intereses y que no le resultaran fructíferas. De esa manera, con su modo de actuar, nos transmitió un mensaje en relación a lo importante que resulta que cada uno se concentre en su propio camino ya que desde allí los intercambios y la colaboración con los otros resulta mucho más enriquecedora.

Dije entonces que fue un Maestro generoso, estimulante y humilde. A esta altura, si David estuviera acá me estaría insultando en cuatro idiomas. Me parece que le gustaba, como a todos, sentirse querido y reconocido pero no de cualquier manera. En uno de nuestros últimos encuentros mencionó que los elogios lo condicionaban, le hacían perder libertad.

A pesar de los insultos voy a tener que seguir ya que David no fue solamente un Maestro para muchos, también fue analista.

Voy a contar una anécdota con la que tengo cansados a mis amigos. Cuando estaba cursando segundo año de la carrera de Psicología, mi padre, que también fue analista, me dio un consejo: me dijo que tendría que estudiar con David Maldavsky. Cuando mi padre daba seminarios en la Asociación Psicoanalítica, notaba que los analistas que se destacaban por su buena formación estudiaban o habían estudiado con David. Fue así como empecé a estudiar con él en el año 1987. A los que tengo cansados con esta anécdota no sé si les conté que así como me dio esa recomendación, mi padre suponía que David era alguien cuya principal fortaleza era su conocimiento de la teoría y la trasmisión de ella. Creo que esa imagen ha circulado en alguna medida y seguramente las razones para ello deben ser múltiples. Los que lo conocimos además como analista experimentamos su modo de trabajar. Estaba muy conectado y tenía un gran compromiso intelectual y emocional. Además era creativo y espontáneo. Era difícil ver la costura de la teoría en sus intervenciones. Claro que la teoría enriquecía su escucha pero apuntaba a la comprensión de la singularidad de cada quien sin ceder a la aplicación cómoda y estéril de la teoría. Quizás su espíritu de investigador hacía que fuera muy poco teórico como clínico ya que no lo satisfacía reencontrarse con lo que ya sabía.

David fue un investigador anfíbio: lo apasionaba tanto la investigación en sesión como la investigación formal. Creo que su proyecto más ambicioso fue contribuir a que el psicoanálisis tuviera las condiciones y los recursos que requiere una disciplina científica.

Él cuenta en el prólogo de su libro *La investigación psicoanalítica del lenguaje* cuáles fueron los pasos que dio en ese proyecto. La primera etapa consistió en ordenar la compleja teorización freudiana y enlazar la metapsicología con la psicopatología y con la clínica. En una segunda etapa la tarea fue operacionalizar algunos sectores de la teoría. Para ello tuvo que decidir cuáles eran los conceptos más importantes. Deseo y defensa serían las variables centrales. Finalmente construyó un método de investigación, el algoritmo David Liberman (el ADL), nombre que eligió en honor a quien fuera su Maestro. Un método que surgió de la propia teoría psicoanalítica y que intenta replicar de un modo exhaustivo el funcionamiento de la mente de un analista cuando trabaja con un paciente. De esta manera unió la investigación que se produce en la sesión misma con la investigación que se realiza a posteriori y que debe atenerse a ciertas reglas.

Finalmente, David tuvo el lugar de líder de una comunidad de la que muchos nos sentimos parte. Desde esa función propició vínculos de amistad, de colaboración y de afecto. En buena medida por eso estamos aquí reunidos y por eso en las jornadas y en los diferentes espacios de intercambio predomina un clima de respeto y de afecto.

Quedan muchas cosas por decir de David y muchas preguntas también respecto del futuro. Hoy es el momento de un primer homenaje. Todos los que tuvimos la fortuna de conocerlo y aprender con él estamos seguros que lo que nos diría en este momento es que sigamos trabajando, que cada uno tiene mucho camino para recorrer. Y en ese camino irán surgiendo nuevos proyectos en los que sin duda estará su marca.